



El prólogo, del griego πρόλογος (prólogos), está compuesto del prefijo “pro” (antes) y el término “lógos” (palabra). Es un breve texto que abre una obra literaria, teatral o musical.

La antífona de entrada, en la celebración eucarística, cumple esta función. Viene a ser la obertura que da inicio a la eucaristía y, en este domingo, el salmo 83 (84, 10-11) es el que nos prepara para la escucha de la Palabra que se proclama.

Deja un buen sabor, más en el hogar del corazón que en la boca como, si en ella nos detenemos, puesto que le pedimos al buen Dios que mire, no tanto a nosotros que somos pobres pecadores siempre necesitados de perdón, como el rostro de su Ungido que es el objeto de su amor. Mirándole a él nos mira a nosotros porque formamos parte de su cuerpo, gracias al bautismo recibido.

En su nombre nos reunimos. Él está en medio de nuestro como así lo prometió cfr Mt. 18, 20, de ahí que necesitemos reavivar, al inicio de la celebración, la virtud de la fe: nos hará gozar de su presencia y a quien tenemos a nuestro lado, nunca veremos en él a un extraño, dado que la misma mirada nos arropa y envuelve.

Se comprende que la reforma litúrgica del concilio Vaticano II, haya querido que, en los primeros momentos del discurrir celebrativo, se encuentre el acto penitencial. Nos ayuda a tomar conciencia del pecado que anida en nuestro interior, y que va carcomiendo poco a

poco este precioso don, regala del cielo, llamado a florecer en nuestra vida como precioso fruto de la escucha

La expresión fe, **fides** en latín y πίστις (pistis) en griego, aparece en los escritos de Aristóteles, Platón, Heródoto y su primer significado es: “Confiar en otros”; si así lo hacemos, es porque hemos experimentado que “los otros”, objeto de nuestra confianza, nos son fieles. Es, ciertamente la fe, una fuerza transformadora en la vida de los cristianos.



En el hebreo bíblico se dice **emuná** (אֱמוּנָה) y tiene su raíz en el verbo «**amn**» (אָמַן) que significa creer. En el Talmud, obra que recoge las investigaciones de los rabinos judíos sobre las leyes y costumbres del pueblo de Israel, se indica que la palabra 'amén' se podría traducir como 'Dios, Rey en el que se puede confiar'. De ahí viene nuestro amén tan presente en la liturgia. De él se derivan estos términos:

a) אֱמֶת: «**emet**» que significa verdad.

b) אֱמוּנָה: «**emunáh**» que nos habla de fidelidad, obedecer, creer.

Verdad, verdadero, fidelidad, obedecer, creer.

Son los diversos matices de la fe que es mucho más que el mero creer lo que no vimos.

Necesitamos esta confianza, esta fe, que se apoya en la fidelidad de Dios, porque mueve montañas: refrán de inspiración bíblica cuyo significado es que, con esta certeza, puedo realizar cualquier cosa que me proponga; como aconteció con la cananea del evangelio.

San Hilario de Poitiers, comentando este texto, afirmará: “El Señor se calla, guardando por su silencio el privilegio de la salvación a Israel” pero...¿qué fue lo que le hizo cambiar?. **Su fe se mostró admirable.**

San Agustín a su vez afirmará: «Cristo se mostraba indiferente hacia ella, no por negarle la misericordia que pedía, sino para **inflamar su deseo**» (Sermo 77, 1: PL 38, 483).

Nuestra oración ha de ser fruto de un deseo inflamado por la fe, que nos lleva a solicitar lo que la Iglesia, en la oración colecta de hoy, pide para todos: “*infunde la ternura de tu amor en nuestros corazones*”. Pertenece a la mas pura tradición romana y forma parte, también, de otras liturgias, como la ambrosiana, que la ha hecho suya.

La ternura de su amor es la salvación que la mujer cananea pide para su hija, que no pertenecía al pueblo elegido y que, como ya había sido anunciado por el profeta Isaías, se abriría a todos aquellos que se unan al Señor por medio de un amor generoso y fiel, es decir: amando su nombre y sirviéndole con fidelidad; de esta manera podrán “*alcanzar tus promesas, que superan todo deseo*”.

¿Qué promesas son esas?... “De Dios, afirmará santo Tomás, *no se puede esperar un bien menor que Él mismo*” cfr. Suma Teológica - II-IIae - Cuestión 17. Es la oración que sale del corazón del salmista enamorado y anonadado: “Yo digo al Señor tu eres mi bien” cfr Sl.





Un salmo para rumiar

Salmo 66, 2-3.5.6 y 8

El Señor tenga piedad y nos bendiga,
ilumine su rostro sobre nosotros:
conozca la tierra tus caminos,
todos los pueblos tu salvación.

**Que canten de alegría las naciones,
porque riges la tierra con justicia,
riges los pueblos con rectitud
y gobiernas las naciones de la tierra.
Oh Dios, que te alaben los pueblos,
que todos los pueblos te alaben.
Que Dios nos bendiga;
que le teman hasta los confines del orbe.**

El Señor tenga piedad y nos bendiga". Así comienza el salmo responsorial. Se pide a Dios, como fruto de su piedad hacia nosotros, que nos bendiga porque su bendición siempre hace feliz a quien la recibe.

Todos queremos serlo. "La felicidad, dice Aristóteles, es el significado y el fin de la vida, de la existencia humana". Pero la felicidad la condicionamos, la mayoría de las veces, a lo que sucede, a las circunstancias que nos rodea. La del pueblo de Israel, así lo recoge este salmo 66 (67), se debía a que «¡La tierra ha dado su fruto!». Estas palabras, aunque no se en-

cuentran en los versículos que se utilizan en esta celebración, expresan la alegría primitiva del agricultor palestino que, de una tierra avariciosa, obtuvo el don de la cosecha y nos ayuda, por tanto, a comprenderlo.

Fue compuesto en la época postexílica (posterior al siglo VI a. C.) por su visión universalista (cfr. vv. 3-5). Es la acción de gracias que ha de brotar del corazón de todos, por los bienes de Dios que son siempre expresión de su bendición.

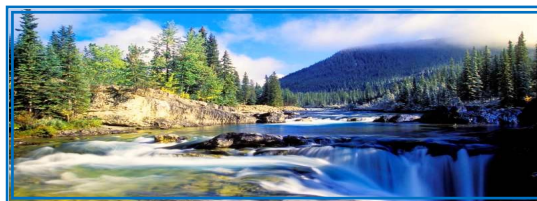
La dicha que se paladea al contemplar la cosecha, les hace gozar con el "don" que viene de lo alto. Es la invitación que hace el profeta Joel:

"Hijos de Sión, gozaos y alegraos en el Señor vuestro Dios, pues os da la lluvia temprana en su momento, y os envía el agua: la temprana y la de primavera en el primer mes. Comeréis y os hartaréis, y alabaréis el nombre del Señor vuestro Dios"

Pero la alegría es mucho más. Es fruto del encuentro con el Altísimo y, como consecuencia, de la salvación que se siente y se goza.

La Iglesia hace suya la oración de Israel y pide la bendición de Dios para toda la humanidad, a fin de que "conozca la tierra tus caminos, todos los pueblos tu salvación». En esta súplica resuena, a modo de eco, la oración de la mujer del evangelio.

Dios juzga y gobierna las naciones de la tierra. A todas se da a conocer. Las que guía, por medio de Cristo-Jesús, como antaño lo hizo Moisés, hacia horizontes de justicia y paz (Cf. v. 5) que son los valores del reino de los cielos.



En la fuente de agua viva

Catedral de Oviedo

Domingo XX
tiempo "per annum" "A"



**Un texto para guardar
en la memoria del corazón**

En aquel tiempo... una mujer cananea, se puso a gritarle: — Ten compasión de mí, Señor Hijo de David. Mi hija tiene un demonio muy malo. El no le respondió nada.

Entonces los discípulos se le acercaron a decirle: — Atiéndela, que viene detrás gritando.

El les contestó: — Sólo me han enviado a las ovejas descarriadas de Israel.

Ella los alcanzó y se postró ante él, y le pidió de rodillas: — Señor, socórreme.

El le contestó: — No está bien echar a los perros el pan de los hijos.

Pero ella repuso: — Tienes razón, Señor; pero también los perros se comen las migajas que caen de la mesa de los amos.

Jesús le respondió: — Mujer, qué grande es tu fe: que se cumpla lo que deseas.